

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Presente y futuro de la pastoral conjunta [Present and future of the joint pastoral]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Ruiz Díaz, Julián
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-06-23 06:48:17
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224352

PRESENTE Y
FUTURO DE LA
PASTORAL
CONJUNTA

Julián Ruiz Díaz

I.—RASGOS DE LA PASTORAL CONTEMPORANEA

Ambientación preliminar

Antes de señalar algunos de los rasgos, los cuales son a la vez como otras tantas tendencias de la Iglesia de nuestro tiempo, hacemos constar nuestra toma de conciencia de lo que se podría llamar la «temperatura» del cuerpo de la Iglesia, de su vitalidad, de su situación crítica hoy.

No basta repetir una vez más el tópico de que vivimos en una hora cambiante, de transformaciones profundas. Esto todo el mundo lo dice, unos para alegrarse y otros lamentándose y con nostalgia. Lo que ya no dicen todos es que el signo de la Iglesia en esta hora histórica sea francamente positivo, de mayor vitalidad que nunca, como el Papa mismo lo ha dicho y posiblemente sin deseos de decir una exageración ((*Ecclesiam Suam*, 110). La sicología del mundo es dinámica, trepidante, llena de una juventud inédita anteriormente. La Iglesia «de este mundo» está siendo arrollada, empujada, movida por dentro y por fuera de sí misma. Para que no ocurriera así la Iglesia tendría que vivir en la «estratosfera» del mundo. La juventud, la movilidad del mundo son juventud y movilidad de la biología de la Iglesia. Nada nos parece menos probable como el que la vitalidad de lo espiritual, de lo religioso, de lo cristiano profundo incluso esté restringiéndose, volatilizándose, declinando a la decrepitud última, a la inercia mortal. Todo lo que vamos a decir después quiere ser una auto-comprobación de lo que afirmamos ni mucho menos ingenuamente.

Ciertamente no es fácil entresacar de entre tantas apariencias y realidades a veces contradictorias unos puntos de apoyo claros y consistentes. No es tampoco prudente caer en el entusiasmo por querer evitar el escepticismo. No es, igualmente, fácil saber lo que surgirá de este trance vital de la historia del mundo y del simultáneo movimiento interior y profundo de la Iglesia. Einstein en los umbrales de la física y de la matemática modernas escribió que vivíamos en un tiempo en el que las posibilidades son ilimitadas y los objetivos imprecisos. Este diagnóstico es perfectamente aplicable a nuestro campo. Pero no es necesariamente la muerte, la tragedia, la depauperación lo que nos sucederá. No son semillas de muerte lo que dispersan por la tierra los hombres más inteligentes y los más generosos que no tienen por qué escasear más que los zafios y los mezquinos. El futuro hará el juicio de esta hora y de sus hombres; nosotros tenemos, por lo menos, derecho a abrigar esperanzas.

Hay, sin embargo, esperanzas que pueden ser pecados de ingenuidad, de presunción. No basta, por lo tanto, tener motivos para esperar: es preciso saber estar presentes y correctamente activos en el tránsito de nuestro tiempo. La evolución positiva tampoco viene necesariamente por sí sola, sin la lucidez y operatividad máximas de cada uno de nosotros, de la mayoría. Necesitamos establecernos en un estado de reflexión permanente de autoexigencia intolerante.

Nuestra reflexión se encamina no sólo a detectar lo que pasa, sino sobre todo lo que hay que hacer. No basta la generosidad, el activismo fatigante, multiplicarse. Antes que nada es indispensable el uso de la inteligencia y aplicarle su acicate, la duda. Esta es la primera medida de la pastoral moderna. «Toda pastoral viva presupone un sano realismo, unos principios clarificados y una tranquila reflexión» (Bruno Dreher, art. en *Pastorale entre hier et demain*, p. 56). En otro tiempo, las herencias ahorraban elaborar nuevos modos; pero hoy las valencias de otro tiempo han perdido o por lo menos se les pone en duda su valor normativo. A propósito de nuestra pastoral ¿se puede acaso decir el pensamiento de Paul Valery: «Cada día se hace más difícil y más inútil querer hacer predicciones, ya que el hombre ha sacrificado de tal manera todo el pasado al porvenir que éste se encuentra en adelante sin modelo y sin ejemplo»? (Cit. en *Pastorale entre hier et demain*, art. de Fisher, p 35). Si nos interesa el pasado es en gran medida para no repetirlo. Se pueden sí hacer predicciones, pero no a base de repetir el pasado.

Características de la Pastoral moderna

En realidad las nuevas formas de concebir la Pastoral en nuestros días es un resultado tributario tanto de los movimientos de la Iglesia (Biblia, teología, liturgia, catequesis, apostolado seglar...) como de los mismos movimientos humanos de todo tipo (culturales, sociales, políticos...) en este último siglo, lleno de intentos, de éxitos y de escarmientos también. Cifrándonos a los movimientos de la Iglesia, la seriedad científica y el enfoque misionero y servicial de cada uno de estos esfuerzos bíblicos, litúrgico, catequético, etc., como su interdependencia está dando el resultado de una concepción más científica de la Pastoral a la vez que más integrada de la convergencia de los objetivos particulares de estos esfuerzos eclesiales.

De aquí surge la primera característica de la Pastoral de hoy: *la Pastoral se sostiene en unos fundamentos doctrinales explícitos*. La praxis pastoral ya no es un empirismo llevado del mero sentido práctico o un moverse bajo la única guía de la experiencia

y la costumbre de lo que se ha venido haciendo sin más interrogantes. Ni la eficacia inmediata ni la experiencia de lo que siempre se hizo pueden avalar hoy una Pastoral seria. La experiencia cuantitativa ya no es ninguna autoridad en ningún oficio. «La experiencia no tiene el mismo valor que antaño, puesto que la realidad es inmensamente movible y las situaciones siempre nuevas. Las soluciones previstas y las fórmulas tipo resultan insuficientes... La prudencia aristotélica, en efecto, es la virtud del cálculo de la acción utilizando la experiencia... Pero la experiencia retrospectiva no es suficiente. No sólo es posible que la situación presente no tenga precedentes en las que la experiencia registró, sino que seguramente la situación futura incluirá una multitud de elementos imprevisibles ahora». Por tanto, para que hoy la prudencia sea prudencia, debe convertirse en una virtud resueltamente prospectiva» (Cfr art de I. Lobo en *Concilium*, 25, 225 ss).

La Pastoral tanto en su concepción general, como en el desenvolvimiento de la acción concreta no está a expensas de la agudeza ni de la «artesanía» del pastor, sino que, sin despreñar éstas, se inspira en las bases teológicas tanto del ministerio pastoral como de la misma acción concreta. Nada es legítimo sin fundamentación doctrinal. La Pastoral general como cada acción determinada es o no verdadera según esté o no conforme con los datos dogmáticos.

Esta característica de la fundamentación doctrinal resuelve el largo divorcio en el que han estado viviendo lo pastoral y lo doctrinal en la Iglesia. Este divorcio era ya tan viejo y tan connatural en los hombres de influencia en la Iglesia que sin recato alguno salió a relucir en las mismas sesiones conciliares cuando polémicamente los «doctrinarios» manifestaron su temor de que el Concilio Ecuménico perdiera envergadura y seriedad si se sostenía la franca orientación pastoral que le diera S. S. Juan XXIII. Aún hoy se oye decir sin gran seriedad intelectual que el Vaticano es un Concilio de accidentes al lado, por ejemplo, del Tridentino (Cfr. Padre Chenu, *Evangelio en el tiempo*, art. *Un Concilio «pastoral»*).

La pastoral moderna, y la del futuro más aún, estará dirigida por una teología pastoral verdadera ciencia en el cuadro académico de la formación eclesial. Mientras se va elaborando esta ciencia sintética, elaboración a base de muchas ciencias tanto sagradas como profanas —lo que hace presumir su extraordinaria densidad—, se debe ir ya procediendo a superar la disociación entre teología y Pastoral. La llamada «teología escolástica», incluso la mejor, por ej., la de Santo Tomás, no es Pastoral en su proyección inmediata. Lo cual no significa ningún desprecio ni de su razón de ser ni de su necesidad. Su formalidad es analítica, esencialista: una verdadera «metafísica sobrenatural». No se preocupa ni del sentido ni de la acción ni de la energía que corresponde a tales esencias que son estudiadas en su objetividad aislada, pero sin conexión cristológica, pneumatológica, eclesiológica, ni como elementos vivos y dinámicos de una economía o historia de salvación actualmente en despliegue.

La verdadera escolástica —gran parte de nuestra teología escolar no llegó a tanto— es indispensable ciertamente para el pensamiento riguroso, claro y especulativo de la Revelación susceptible de aprehensiones abstractivas. Sin embargo, el pensamiento teológico pastoral que propugnamos es una reflexión sobre el dinamismo de la salvación y sobre sus formas concretas de realización en un tiempo y en un espacio determinados. Nuestro tiempo y nuestro espacio en concreto con sus circunstancias determinantes.

Este tipo de reflexión no se facilita, más bien se dificulta, a través del estudio de cierta teología. De aquí la necesidad que se elabore un tipo de teología pastoral en la que el objeto de la reflexión dogmática no sea tanto la esencia sino el objetivo, la fuerza, la acción y sus leyes de cuanto Cristo dejó en este mundo para realizar la salvación de los hombres concretos. El estudio que han de realizar los pastores no es la propia de los investigadores o eruditos, la «theologie savante». Una teología para pastores que no descifre la misión de la Iglesia y las posibilidades de la vida de fe es responsable en gran parte de los planteamientos y de las modalidades que toma el ministerio pastoral (Cfr. art. de Duquoc en *Lumière et Vie*, 71, 71-72).

Segunda característica: *dimensión antropológica de la pastoral*.—Este imperativo de la acción pastoral como de cualquier otra actividad verdaderamente humana ha surgido de la llamada «filosofía de la acción». Esta filosofía afirma que la acción verdadera, profundamente humana no es un acto mecánico, inconsciente, inerte, por más que sea útil, eficiente, legalmente correcto. La acción verdadera es un movimiento profundo de todo el hombre, «síntesis del querer, del conocer y del ser» como dice Blondel. Sólo el hombre que se vuelca, se derrama, se compenetra y se compromete con su acción es el que encuentra equilibrio y plenitud como tal hombre esencialmente dinámico, y a la vez necesariamente integrado en su dinamismo. Sin esta identificación del espíritu con la acción pastoral, sin la comunión profunda con el objetivo y las modalidades en que se ha de realizar la acción, se produce un divorcio entre el espíritu del hombre y la acción que lleva entre manos que mina el mismo equilibrio personal y terminando por minarse hasta el mismo ejercicio ministerial. A esa acción le faltará adhesión humana. Una acción humanamente falsa viene a quedarse sin alma: ya no es ni acción pastoral, sino mero dinamismo material, mecanismo. Rutina. Una acción con el hombre desintegrado es lógicamente fuente de desequilibrios psicológicos, por lo pronto para el mismo sujeto de la acción. Gran parte de las crisis sacerdotales de hoy provienen de la desintegración antropológica de la pastoral, del dualismo lacerante que constituye la acción pastoral desembragada del espíritu, de la psicología llamada de las profundidades.

Esta acción pastoral integralmente «del» hombre comporta también unas exigencias específicas en el modo de concebir a los hombres para los que se actúa. La Pastoral «por» el hombre y «para» el hombre no admite ningún tipo de vivisección humana, de monocultivo sentimental o por el contrario ideológico. La Pastoral para el hombre «espíritu-en-el-mundo» (Rahner) es un servicio de la fe que ayuda al hombre a partir de toda su existencia a relacionarse él, y todo su mundo con él, con el Dios de Jesucristo por la fuerza de la Palabra, la vivencia del culto y el calor radiante del amor. Sólo una Pastoral antropológica es una pastoral que se inspira en la Encarnación de Jesucristo y de la que se puede esperar la verdadera salvación de todas las realidades del mundo humano.

Tercera característica: *dimensión existencial*. En realidad esta característica es más bien una explicitación del segundo aspecto de la misma dimensión antropológica. Con estos razonamientos queremos hacer ver cómo el campo de la antropología transvasa lo puramente síquico y abarca toda la complejidad de la situación existencial de cada creyente. La autenticidad psicológica de la Pastoral en el fondo sería falsa si se descuidara esta otra fidelidad a la realidad envolvente, situacional del hombre. La fidelidad al dogma es indispensable; pero cada vez se dispensará menos y ya se empieza a estudiar seria y científicamente las implicaciones determinantes de la «cir-

cunstancia social» que escolta incesantemente al hombre. El modo de ser, de pensar, de estar presente y de hacerse a sí mismo son normalmente cristalización del tiempo y del espacio humanos. Que el hombre es hijo de su historia puede parecer una progrullada; pero no es tan fácil hacer que la Pastoral esté atenta y se enriquezca de lo histórico, que evolucione y se acompañe en su desarrollo concreto a los acontecimientos que tejen y destejen el espíritu y la vida de los grupos humanos y de los individuos insertos en ellos, fecundados en su seno.

Es todo ese complejo mundo de la «circunstancia» el que a través de la acción pastoral recibe significación y energía de salvación. No hay posibilidad de establecer contacto entre Dios y el hombre si esta significación del Evangelio es inadmisibles en la cultura en la que se expresan los significados vivos del hombre. No hay eficacia, ni siquiera impacto pastoral en nadie, si el lenguaje pastoral y el lenguaje del hombre pertenecen a culturas heterogéneas. Aludimos tan sólo al trascendental problema antropológico del lenguaje de cuya solución estriba el que el hombre-en-su-mundo real sea concernido. De otra forma, el hombre seccionado en compartimientos estancos recibe un mensaje desencarnado sin que ni su trabajo, ni sus relaciones inter-humanas, su sexo, su amor, su alegría, su dolor y su muerte reciban en su más absoluta y ardiente concreción el mínimo impacto de luz y fuerza. Todas las actividades pastorales tendrán derecho a subsistir según que sean o no elocuentes y transformantes de las realidades inmediatas de los creyentes.

Cuarta característica: *la pastoral realizada bajo las directrices de una función crítica inherente a la misma acción*. Esta característica es igualmente una creación cultural de nuestro tiempo racionalista y chocante. Los cambios desarticulan los hábitos, los moldes, solicitan juicios a la razón. La crisis está al orden del día y la crítica es la única actitud racional que orienta nuestra disponibilidad cristiana, apostólica. Sin crítica corremos el riesgo de embarcarnos en aventuras banales o temerarias o seguir por el contrario recalitrantes en acciones o procedimientos pastorales de ningún significado para la Humanidad presente.

Esta función crítica, como producto de nuestro tiempo más desarrollado culturalmente, la lleva a flor de piel hoy un poco todo hombre, unos por vitalidad otros por reaccionarios. A la vitalidad de unos y a su crítica espontánea de cuanto se les hace hacer y decir, otros contestan con críticas de lo que hacen y dicen aquéllos. Los «desplantes» agudizados un tanto por la fuerza de la juventud y de la inteligencia rápida de los primeros son orquestados por las virulencias, mordaces a veces, si es que no mendaces, de los últimos. Unos y otros estamos dando al momento pastoral de la Iglesia una gran densidad crítica. Esto lo ven los ciegos.

Quitando, sin embargo, las extravagancias de todo tipo, hemos de reconocer que todo pastor individualmente y lo mismo toda organización pastoral deben contar con unos dispositivos de autocrítica y de crítica sin más para saber lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer, lo que es legítimo emprender o inventar y lo que no es legítimo seguir haciendo. Ahora bien, estos dispositivos no reciben su fuerza ni de la sangre, ni del temperamento, ni de los intereses materiales, ni de las costumbres adquiridas. Los datos sobre los que se elaboran los discernimientos pastorales nos vienen de la teología en constante agudización, de la filosofía incondicional, de la sociología y de todas las demás ciencias humanas. La crítica pastoral, como algo necesariamente simultáneo a la acción, es un ejercicio absolutamente científico. Pedir facilidades intelectuales y estructurales para la función crítica en los organismos

diocesanos no es dar facilidades a los «iconoclastas», sino por el contrario establecer unos cauces por los que sea posible empalmar lo viejo con lo nuevo, jerarquizar lo principal y lo secundario, creando así unas actitudes de receptibilidad de lo nuevo no solamente por ser nuevo sino porque además es valioso aunque venga a desbancar las «patentes» y las «molduras» con buena cotización antaño pero hoy ya irremisiblemente en baja.

Esta capacidad de crítica científica no es ni siempre ni exclusivamente incumbencia del Magisterio o de la autoridad ante todo. Esta capacidad es una propiedad universal: la obediencia no se desmorona, sino que es el ejercicio de la sumisión a partir de la reflexión e iniciativas personales y no antes o sin ellas. Las iniciativas también pueden ser de la autoridad; desde luego a ella le incumbe la última palabra; pero antes de la última decisión el Espíritu sopla donde quiere. La historia de la Iglesia es riquísima en hechos en los que la vida y la acción y la corrección en la Iglesia partió más veces de abajo que de arriba. Así por ejemplo, ahora bullen por todas partes un poco ideas, iniciativas, acciones de nuevo estilo, objetivos y procedimientos pastorales en la corresponsabilidad en la Iglesia, revisión del «sacramentalismo», crítica a cierta forma de concebir el apostolado seglar... La desembocadura de muchas de estas ideas que empiezan a surgir y se ponen a circular es o será el cambio de los planteamientos, de las estructuras, de los usos y costumbres pastorales: nada debe dar miedo (solamente el miedo) si la crítica es el paso por donde todo pasa antes de su implantación definitiva. Esta crítica la misma autoridad la debe incorporar a su mismo ejercicio...

Quinta característica: *pastoral con sentido de ser la tradición viviente de la Iglesia*. La gran irrupción de «lo nuevo» está obligando no simplemente a aceptarlo sino a valorarlo y a parangonarlo con lo que un día irrumpió en la Historia de la Iglesia también como nuevo y hoy lo tenemos como sagrado, orlado con el nombre de lo incommovible, de Tradición. Se está despertando la conciencia de que la Tradición es algo que vive sin dejar de hacerse, de que nosotros somos un eslabón en la cadena multiseccular que la Iglesia tendrá en los siglos, de que mañana considerarán gran parte de nuestro hoy con la misma veneración con que nosotros miramos gran parte de lo que otros vivieron ayer. Nosotros somos Tradición quiere decir que empalmamos con nuestras propias cosas con las de antaño, que las cosas pasadas siguen fecundando nuestro presente; pero teniendo derecho a no repetirlo exactamente, a ser diferentes, originales. Esta originalidad no hay que vivirla ni tampoco considerarla ni como opuesta ni como desconsiderada con el pasado.

Este sentido despierto de que somos tradición viva nos dice que la Tradición no es exclusivamente algo pasado que se nos entrega como un depósito, como un bloque que nos llega de mano en mano. Por el contrario, la Tradición es la vivencia intensa de los tres tiempos de la Historia: el pasado y el futuro en el presente; nuestra vida, novísima e irrefrenable, en virtud del misterio de la Encarnación, misterio de asunción y valoración profunda no sólo de todas las cosas verdaderamente humanas sino también de todo tiempo, está entrando en la Historia de la Salvación. Si Cristo es de ayer, de hoy y de siempre, quiere decir que todo momento histórico, todo acontecimiento espiritual recibe en su interior consistencia, energía de reino de Dios (Col 1, 17). El futuro de la Iglesia —otra dimensión recientemente descubierta en la antropología y en la sociología —la Prospectiva)— se empalma no con el pasado sino con el presente hereditario pero vivo según sus propias energías. Lo que no sea fiel a los substantivos eterno y a lo propio de su tiempo, no podrá conectar con lo único necesario

del pasado, no tendrá garra ni poder de encarnación en el presente ni tampoco pondrá las bases del futuro en el que la Iglesia entra en cada instante a partir de lo que se haga y se viva en el presente.

No se puede olvidar que la Iglesia concebida como Historia de Salvación implica una salvación **haciéndose** según las leyes evolutivas y crecientes de la biología mística de la Iglesia, como de toda la historia humana. Así, si la Pastoral es la acción de Cristo-Iglesia en la Historia, este actuar de Dios no es sólo trascendente, un designio inmóvil, atemporal, «inorgánico» de Dios, sino como dice el Padre Liegé «la Historia califica intrínsecamente el actuar de Dios»: De aquí que la mutabilidad de la acción histórica —categoría de la historicidad de lo divino— da lugar a que la plenitud inefable de la Iglesia se adecue más y más a las necesidades de los tiempos, a sus novedades, haciendo a estas mismas novedades de los tiempos portadoras de salvación y por tanto con valor constructivo para la edificación del reino. Este resurgir de la conciencia de que la Pastoral de hoy es Tradición, en el fondo no es nada más que pedir la misma consideración para el presente que para el pasado, obligando a que la catolicidad de Cristo y de la Iglesia no sea tan sólo humana, social, cultural, sino también cronológica, panhistórica.

Sexta característica: *crisocentrismo pastoral*. La Pastoral no es irse consumiendo en la generosidad y en la espontaneidad sin esquema ni jerarquía de valores. Lo que hace la Iglesia tiene una vertebración, un punto de donde parten y a donde convergen todos los esfuerzos: Cristo. En Pastoral no se puede prescindir de la dependencia de Cristo ni de la identificación con su obra personal. La acción de la Iglesia a través de todos sus miembros, bautizados tan sólo unos y ordenados además otros es la misma acción de Cristo gracias o por medio del ministerio o deputación sacramental de todos los cristianos constituidos en ministros de Cristo, cada cual con su papel. Así, los sacramentos de la Iglesia no sólo dan una relación interior e individual con Cristo, sino que por ellos Cristo se comunica y se actualiza en los miembros de la comunidad santa. Todo lo que es y fue la persona y la acción de Cristo: su profecía, su Pascua, su presidencia y gobierno continúan obrando en el mundo a través de la comunidad de los cristianos. Nada se puede tener por cristiano y en realidad nada produce efecto cristiano al menos explícito sin una vinculación objetiva con Cristo, con sus modos pastorales.

La relación explícita con Cristo en todo lo pastoral de la Iglesia no es ni facultativa ni mera cuestión de lujo. La Pastoral en su dependencia, en su inspiración, en su estilo es radicalmente «cristiana», evangélica, pascual, salvífica... Las tres funciones básicas de la acción eclesial guardan todas una misma unidad: Cristo, y una misma finalidad última: la salvación o la comunión con la Trinidad santa. Ninguna sola de estas funciones es autosuficiente o independiente, aunque pueda haber y haya de haberla necesariamente una cierta ordenación cronológica entre la acción pastoral profética, litúrgica y la acción de la ordenación de la comunidad en la caridad. La acción densísima de Cristo se distribuye y se jerarquiza, pero sin perder jamás su vinculación unitaria de su punto de origen y de su punto final.

Séptima característica: *conciencia eclesiológica de la Pastoral*. El crisocentrismo del Concilio, de toda la teología, de la liturgia y de toda la Pastoral está dándole a ésta una característica derivada de la anterior: la conciencia creciente de que la Pastoral es una función de toda la Iglesia para toda la Iglesia. La Pastoral y la Eclesiológica son reversibles: es inconcebible ser de la Iglesia y no estar inscrito en su acción pastoral

y lo mismo es inconcebible estar trabajando en la acción viva pastoral y no tener conciencia de ser y trabajar en, con y para la comunidad eclesial. No hay cristiano que viva solamente a expensas de la Iglesia: todo cristiano la hace, la construye. Una comunidad recibe y vive de la obra de Cristo; pero actualiza y dilata en el tiempo y en el espacio la obra de Cristo. La acción de los ministerios personales cuenta, pero siempre en relación con la comunidad. Los que llevan adelante una acción no podrían llevarla sin la escolta de las demás acciones, y nadie se puede desentender de la de nadie. Si las realidades cristianas están interdependiendo entre sí objetivamente, psicológicamente los espíritus deben tener abertura desde su propia acción a las acciones ajenas, complementarias de la propia.

Esta conciencia de la eclesialidad e interdependencia de todo lo eclesial es ya un resultado del hecho de haber incorporado al trabajo pastoral una profunda y exigente reflexión teológica.

PROSPECTIVA PASTORAL

II.—ALGUNAS ORIENTACIONES PARA UNA PRACTICA PASTORAL MAS CONJUNTADA EN EL FUTURO

Se ha dicho que una característica de la cultura moderna como heredera de la filosofía de Hegel es que prefiere los problemas a las soluciones. En realidad, esta no es ninguna tendencia de escuela filosófica, sino el mismo descubrimiento de la naturaleza de nuestra existencia más problemática que resolutiva.

En Pastoral pasa otro tanto. Los problemas pululan: el aggiornamento de la Iglesia ha puesto en movimiento irreversiblemente todas las energías de los cristianos en su enfrentamiento con la complejidad de la historia presente. Unos cuantos están amargados por ello; pero un gran número siente una profunda alegría. Esta problematización, que en gran parte es indiscutiblemente un proceso de retorno al Evangelio, como decía monseñor Pellegrino en una vieja interviú al periódico francés *La Croix* en 1965, «cuanto más rápidamente se haga más valiosa será».

En esta hora de revisión, de crítica nada tímida del orden establecido» (Padre Congar, *Concilium*, núm. 15, pág. 77), según nos hace observar el mismo Papa Pablo VI «en el pastor se da una primera postura: la de defender lo que existe». Pero esto no es suficiente, sigue diciendo el Pontífice. Sea porque lo que existe no es adecuado a la totalidad de la población y de las necesidades, o sea porque también lo que existe está invadido y trastocado por el movimiento y transformación» (C. Pablo VI al CELAM. *Ecclesia*, 25 diciembre 1965).

También en España están pasando poco más o menos las mismas cosas. El malogrado cardenal Riberi cuando era nuncio en nuestra nación, reconociendo el derecho a la profunda evolución de la pastoral de cara a los problemas apremiantes,

afirmó sencillamente que «en España las cosas están cambiando a ritmo acelerado» (Cfr. discurso clausura asamblea Apostolado Social, *Ecclesia*, 8 mayo 1965). En estos primeros días de febrero de 1968 los periódicos han dado unos resúmenes de la conferencia del Padre Elespe miembro del Survey (servicio de investigación de la hora del mundo y de la Iglesia de la Compañía de Jesús) sobre los cambios impresionantes en nuestra demografía, economía; en nuestras actitudes y comportamientos populares; en nuestros cambios ideológicos. La incidencia de todos estos cambios humanos en la Pastoral nacional no puede por menos de ser revolucionaria.

La evolución del mundo sigue su ritmo y sus leyes: no nos espera. No sólo se nos autoriza a cambiar: hay obligación de cambiar. El mismo Padre Congar en el mismo artículo citado, después de afirmar que no se puede hacer ningún esfuerzo de renovación sin estudio serio de la situación y de los principios de solución, advierte valientemente que «hemos llegado a un momento en el que los cristianos se enfrentan con un verdadero desafío al que no podrán responder más que pasando a poner en práctica sus propios principios». Indiscutiblemente, los cambios se imponen; pero igualmente se impone la preparación, no sea que ocurra lo que ya vaticinó el gran Newmann: «la novedad es frecuentemente un error para los espíritus que no están preparados para recibirla» (Cfr. Guitton: *El seglar y la Iglesia*, 36).

Con el recuerdo por delante de estos avisos tan repetidos hoy un poco por todas partes, pasamos a señalar unas cuantas líneas que sirvan para orientar los giros de nuestra Pastoral tradicional, basándonos en unos cuantos principios de Teología Pastoral, en medio de «un mundo en estado permanente de mutación social» como dice el Padre Houtard (*Sociologie et Pastorale*, pág. 42).

Aunque nuestro estudio no sea exhaustivo, creemos que la evolución tanto de la teoría como de la praxis pastorales se hará bajo la presión de los principios, de los imperativos y de los condicionamientos que señalamos muy esquemáticamente. Vamos, pues, hacia una Pastoral.

1.—De cara a un mundo pluralista

El pluralismo es un fenómeno típico de nuestro tiempo. Todas las ideas discurren libremente, o por lo menos en el momento en que se les permita salir a la calle. El pluralismo nos hace caer en la cuenta de un hecho irreversible: la Iglesia ya no es la única fuerza ideológica rectora de la sociedad, ni siquiera la principal. Los mismos cristianos están bajo otros influjos. La verdad es que estamos muy lejos de aquel freno que quiso poner al mundo Pío IX en la encíclica *Quanta cura*: «la libertad de conciencia es una locura». El mundo se independiza de la gerencia de la Iglesia, se organiza según sus propias leyes científicas, sociales. Estas leyes, en su gran mayoría, ya no son ni adversas a la Iglesia. Son leyes propias, extrañas a la Iglesia, profanas. El mundo y la Iglesia entre sí son marginales. Marginales a la Iglesia no son ciertos hombres raros, algunos grupos humanos aislados. Es más bien todo el mundo un poco el que se sitúa al margen, se desacraliza. Según las crónicas de los quintos coloquios europeos de parroquias tenidos este verano en Barcelona, «fue un impacto impresionante comprobar que en nuestros países de cristiandades viejas lo ordinario es que el mundo viva al margen de la Iglesia y lo anecdótico la vida cristiana normal» (Cfr. *Hechos y Dichos*, octubre 1967, pág. 741).

La Pastoral tiene que aceptar serenamente estos hechos y adaptarse a la nueva situación. «Bajo la presión conjugada de ideas, de conmociones políticas y de la civilización industrial, la vieja cristiandad acaba de desaparecer. Se trata de sacar todas las conclusiones prácticas de este hecho: tal es la primera condición de una Pastoral eficaz» (Cfr. *Dynamisme de la foi et incroyance*, pág. 73). Lo que decía Rahner, de que la Iglesia vive en situación de diáspora es hoy una realidad universal de la que no nos salvamos tampoco nosotros (Cfr. *Mission et grace*, pág. 26 ss.) Constatamos el hecho advirtiéndonos que no somos pastores contra esta situación, sino en medio de ella y así demos a nuestra acción y a nuestra presencia en la Iglesia un aire de menos triunfalismo y menos paternalista.

Inevitablemente una Pastoral para este mundo disperso y desigual ya no puede ser, y cada vez lo será menos, una Pastoral de masas, de los grandes contingentes. La cantidad ya no es ninguna garantía por sí misma. La indiscriminación es una ingenuidad imperdonable y que se puede pagar muy cara cuando se descubra la falsedad de la ilusión de creer que tenemos un pueblo cristiano a nuestro alrededor. En virtud de esta multiplicidad de variantes socioculturales que presionan a las personas, los estados psicológicos, culturales y religiosos exigen un destrenzamiento en los modos y en los objetivos inmediatos correspondiente a esa gama plural de personas con las que se encuentra casi todo pastor esté donde esté hoy en el mundo.

Esta constatación de la Iglesia-diáspora nos obliga a replantearnos la sensatez de tantas afirmaciones sobre la calidad de nuestra Iglesia a partir tan sólo de lo visible. Los mismos datos de la sociología religiosa deben ser penetrados con un juicio sobre la calidad que va metida en las cifras dadas. Igualmente es recomendable imponerse un ritmo más pausado en la cristianización. Los obstáculos son demasiados para creer que la fe puede granar automática, súbitamente sin evangelización suficiente. La Pastoral de la intensidad y a la vez de la lentitud no es ninguna concesión al enemigo, ningún repliegue de complejo de inferioridad ante el mundo nuevo insumiso. Por el contrario, es una estrategia basada en la ley de la encarnación y el anonadamiento.

2.—Pastoral de la Evangelización y de la fe-conversión

La fe teológica no es ni una satisfacción religiosa natural ni tampoco una gerencia patrimonial, cultural. Nunca lo fue. Los cristianos no nacen: se hacen. El cristianismo no se extiende biológicamente sino por evangelización y penitencia (Cfr. Fisher, art. en *Pastorale entre hier et demain*, pág. 378). El mundo moderno tiende a desarraigar todo atavismo y entre otros, los atavismos religioso y cristiano caen en la tala universal. Hoy más que nunca, ninguna forma de vida religiosa, sobre todo las formas de somero arraigo en las opciones personales superará la crisis de agostamiento.

El fenómeno de la llamada descristianización está poniendo en evidencia que en gran parte no existía debajo de lo que desaparece una auténtica cristianización si realmente no consistía en un buen anuncio de la persona de Jesús, de su acción, si ese cristiano que desaparece no llegó nunca a un encuentro personal de Jesús en su intimidad. Una vida eucarística cuantitativamente abundante y frecuente no es índice suficiente para calibrar la realidad auténticamente cristiana de una comunidad. Cier-to que cualquier tipo de cubicación desde el exterior tiene unas grandes probabilidades de error; pero sólo la calidad de la evangelización que se da y se ha recibido es

la primera base que hace posible un encuentro íntimo en la fe. Sin la fe conversión, sin esa sicología afectivamente conmovida que implica un encuentro personal del hombre y Dios llevado de la Palabra y nutrido por el sacramento correctamente conocido no hay posibilidad de contar con un cristianismo de verdad. Por eso, la Pastoral de nuestro tiempo es ya y será aún más la «Pastoral de la fe», pero de una fe viviente en la que se sostengan y vivan la luz, la fuerza, el amor, la responsabilidad personales ante los demás hombres llevados lo más probablemente por otras ideas y creencias diferentes si no opuestas (Cfr. *Dynamisme de la foi et incroyance*, pág. 73 ss.)

3.—Pastoral más de la responsabilidad personal que de la «obligación»

La corriente de la «secularización» de la fe y de la teología a no mucho tardar darán un aire nuevo a la forma de plantearse la existencia cristiana. Desde la protesta marxista contra la alienación del hombre por la religión hasta el nuevo humanismo sin la «hipótesis Dios» de la teología radical yanqui no han dejado de irse extendiendo dentro y fuera de la Iglesia una serie de ideas todavía no sistematizadas del todo respecto de la naturaleza y la gracia, la antropología y la teología, moral y cultura, responsabilidad y ley, evangelización y Código de Derecho Canónico...

La cita de Albert Van den Heuvel traída por Robinson, *La Nouvelle Réforme*, página 83, de que «una Iglesia que piense que puede continuar dictando órdenes más que sentarse con los demás y estudiar las cuestiones reales, ciertamente no es solidaria de los hombres de hoy», empieza a encontrar adeptos entre los mismos católicos, al menos en grandes sectores de gente cultivada y universitaria. Al menos en el sentido de que los hombres se incorporen a la vida religiosa desde su personal convencimiento y sosteniéndose en la responsabilidad íntima más que en leyes y sanciones temporales o eternas. El Padre Huizing en un buen artículo sobre las posibles nuevas orientaciones del futuro Código de Derecho Canónico señala respecto a esto que venimos diciendo: «Hay ya medidas en la Iglesia posconciliar (abolición del Índice y sus sanciones, la reducción a norma indicativa del ayuno y abstinencia...) que apuntan a una emancipación gradual de la vida religiosa personal frente a las leyes y sanciones positivas... La Iglesia comienza a centrar su atención en los principios cristianos y en una actitud cristiana, sin hacer obligatorias por ley las expresiones específicas de la práctica religiosa» (*Concilium*, núm. 28, pág. 218). El Padre Leclercq a propósito de lo que él llama «leyes de plazo largo y de plazo corto» (*Perspectivas cristianas de nuestro tiempo*, Dinor, págs. 61-83) da pie al Padre Lobo a insinuar una crítica de la moral casuística, precipitada, urgente y preocupada del acto concreto y muy poco atenta a las actitudes fundamentales sobre las que únicamente se puede levantar una virtud a largo plazo pero definitiva. Así, dice el Padre Lobo: «La moral, en efecto, debe formar las conciencias de modo que la obligación de la ley no se cumpla debido al precepto o a la imposición, sino por razón de las exigencias profundas e internas del ser cristiano» (*Concilium*, núm. 25, pág. 226).

Lo que se dice de la moral, dígase lo mismo de la práctica del culto cristiano. La vida sacramental no tiene sentido si no hay una fe correctamente catequizada que la acoja y la explique. Los sacramentos son sacramentos de la fe y no de la mera ley, ni un uso del patrimonio social. En cierta Pastoral, la teología tridentina del «ex opere ope-

rato» entendida mecánicamente se ha enarbolado, como una legitimación del uso sacramental sin control de la fe, como una justificación, un tranquilizante.

Así, una Pastoral sacramental sin los fundamentos previos de una evangelización, una conversión personal y una catequesis, a la vez que con la secuela fácilmente previsible de un testimonio existencial digno sería entregar los sacramentos al descrédito público y a la profanación objetiva y material por lo menos. Cada sacramento no es sólo una relación personal del hombre con Dios sino una manifestación pública de la fe que comporta tal acto. El requisito no es el acto solo sino envuelto y «sonorizado» por la fe personal.

Aunque solamente sea una mención, muy en relación con lo que decimos y queda implicado entre líneas, está el tipo de Pastoral que coloca el acento de la vida cristiana individual y social no tanto en las satisfacciones devocionales sino en los compromisos vitales del creyente en el mundo. Los pastores más conscientes saben que gran parte de los ejercicios piadosos parroquiales, por el universo ideológico-religioso que suponen, por el lenguaje en que se realizan, por el sentimentalismo que destilan... no coinciden con las tensiones humanas de la existencia laboral, económica, sentimental que agita los espíritus y sus cuadros sociales. La religión que no aliente y dé sentido a su presencia en la vida irrenunciable para los más, esa religión está muerta para ellos. Y una religión muerta en el hombre está muerta en gran parte en sí. Los hombres de la encarnación de la fe en el mundo no necesitan tanto aparato devocional, sino que requieren una nutrición fundamental, que es siempre poco en cantidad pero profundamente comulgado, poseído, integrado en su afectividad.

4.—Pastoral colegial y comunitaria

El «Pueblo de Dios no es ni clerical ni laical: es la Humanidad viviente unificada alrededor de un centro: Cristo», ha escrito el Padre Schillebeeckx (Cfr. DO-Cn 19, pág. 146). Efectivamente, en la acción de la Iglesia, en el despliegue de su acción misionera en el mundo, el clero no representa al laicado, y menos «de jure divino». El fenómeno relativamente moderno del laicado, gracias a la nueva conciencia de la misión mundanal de la obra de Cristo y de sus implicaciones reales, está obligando a la jerarquía de esta Iglesia a asociar a su ministerio el ser y el quehacer del resto del Pueblo de Dios. «La interdependencia e indispensabilidad recíproca» de jerarquía y laicado no es una invención estratégica, sino el descubrimiento vivo de una modalidad esencial, siempre existente pero no tan acentuada como hoy. Estos nuevos acentos del pueblo que todos tienen de por sí en la Iglesia están sirviendo de crisis agudas para ciertas posturas y ciertas atribuciones o relegaciones indebidas. Más aún, como dice Fisher: «Un día cercano vendrá en el que se evitará utilizar como dos sinónimos las palabras pastor y sacerdote» (Cfr. art. *Pastorale entre hier et demain*, pág. 385; Delahaye, *Ecclesia Mater*, pág. 256 ss.)

La Iglesia es un grupo de creyentes organizados, con una distribución jerarquizada de funciones indispensables. Ninguna porción se puede arrogar la totalidad de la misión ni tampoco, en virtud de la misma jerarquización esencial, asumir con derecho lo que no le corresponde.

Una Pastoral según este principio no permite concesión alguna al clericalismo, al jerarquismo en el que los cristianos bautizados-confirmados tan sólo son considerados «simples fieles», sin más responsabilidades ministeriales que las que les «de-

jen». La colegialidad conciliar comporta, además de las relaciones igualitarias y corresponsables de todos los pastores-obispos y otras relaciones de éstos con su presbiterio, otro tipo de relaciones pastorales, apostólicas entre todos los miembros de la familia-Iglesia de cuyos poderes y misión participan todos, no tanto en el sentido de colaboración de los segundos y terceros con los primeros sino de corresponsabilidad proporcional por parte de todos. El cristiano seglar es pieza fundamental de la Iglesia y de su misión: no precisamente de la misión particular de la jerarquía que es una función específica de la total misión de la Iglesia. No se da unilateralmente cooperación de los seglares con la jerarquía en el desempeño de su misión jerárquica, sino que también a la recíproca, la jerarquía coopera como le corresponde a la misión del seglar dentro de la única misión de la obra cristiana de salvar al mundo. Así, ser seglar dentro de la comunidad eclesial es tener una vocación activa y no simplemente «quedarse en el mundo» sin tener vocación especial.

Todo esto implica una Pastoral a base de mayor igualación, una cierta democratización en virtud del funcionalismo complementario y colegial de los ministerios jerárquicos y bautismales. Esta igualación orgánicamente complementaria afirma que los cristianos somos todos fundamentalmente iguales: nuestra vocación fundamental es la misma donde caben posteriormente funciones vocacionales distintas: episcopales, sacerdotales, religiosas, seglares...

Esta Pastoral de toda la comunidad necesitaría ante todo una nueva reelaboración de la teología de los ministerios y de su distribución esencial entre todos los cristianos; una teología del sacerdocio y de los sacerdocios específicos, de los ya no llamados por el Concilio «estados de perfección». Es necesario equilibrar la parcialidad de esta teología un tanto «jerarquista», injusta en la forma de repartir privilegios y prestigios, nacida en tiempos de eclipse de lo bautismal y en siglos de prepotencia de lo jerárquico y monacal. Esperamos que esta teología se eclesiológice más. No digamos nada del Código de Derecho Canónico tributario de esta teología más eclesiástica que eclesial. Para forzar esta reelaboración ya en marcha y darle mayores probabilidades de éxito sería conveniente que todos los miembros tuvieran capacidad de pensar teológicamente su propia condición eclesial y sin absolutizar la propia estar abiertos a la complementariedad e interdependencia de las demás.

5.—Pastoral de las parroquias de espíritu más que de territorio

La Iglesia se dispersa, se desconcentra por la simple razón de que es esto mismo lo que está pasando con los hombres que la integran. No hay quizá elemento integrante de la existencia que más variabilidad han adquirido en estos últimos tiempos como el suelo, el territorio. Precisamente el elemento base para el encuadramiento de los hombres en otro tiempo. Por esta simple razón el concepto de parroquia territorio, de parroquia madre nutricia está estallando por la presión de la movilidad contemporánea. Los hombres abastecen y construyen su vida cultural, social y religiosa en distintos sitios, por múltiples canales... Los hombres en sus ratos de libertad viven donde quieren y conviven con sus grupos humanos que no son los que les ofrece su vecindad geográfica. La parroquia ya no es, ni mucho menos sobre todo en las ciudades, el centro o la fuente vital de la existencia cristiana como lo fue antaño. En adelante, la parroquia a partir de los grupos humanos llamados primarios a los que antes se permanecía vinculado de por vida girará hacia una cristalización de parro-

quias a base de los llamados grupos secundarios, cuyas relaciones humanas están constituidas por el trabajo, las asociaciones libres, el ocio, la utilidad. Pío XII dijo en 1956 que las parroquias serán células insustituibles de la comunidad cristiana. Ahora bien, con esto no quiere abogar por el parroquialismo de ghetto, de concentración territorial absoluta y totalitaria. Nace un tipo de parroquia en las urbes y a sus alrededores, por donde viven ya los mayores contingentes de la población nacional, que difícilmente se encuadra en los moldes jurídicos territoriales La tierra de gracia de los hombres es un poco el mundo entero, su comunidad natural que se mueve con él.

La parroquia de la diáspora es una parroquia libre, sin instalación fija, con eucaristías y Palabra de Dios desparramadas, escoltando a los hombres por donde van naciendo, viviendo y muriendo. «Una parroquia que no se encuentra ya con las comunidades naturales, gira en el vacío», nos enseña con su sagacidad tradicional el Padre Chenu (Cfr. *L'Évangile dans le temps*, pág. 376). Las eucaristías móviles, casi a domicilio, serán siempre la ubicación de la Iglesia dondequiera que ocurra la celebración. Será a partir de esos momentos intensos de la fraternidad y de la audición de la Palabra donde se potenciará la fe con vistas a su compromiso de encarnación testimonial en el seno de la vida propia.

Una vez más sale a la calle aquella famosa cuestión capital de la Iglesia del amor, de la libertad, de la Palabra, de los carismas (la «Liebeskirche» de los alemanes) y la Iglesia del derecho, de lo jurídico, de lo estructural, de lo seguro, de lo válido mínimo (la «Rechtskirche»). Lo que un día fue polémica de escuela, lo que fue causa de oposiciones y tendencias parciales, hoy vuelve a surgir en nuestra Iglesia «canonista» esta cuestión para equilibrar nuestras tendencias legalistas con fuertes elementos de libertad y beligerancia de lo carismático. «Dios no permite ignorar los métodos apropiados a una época; antes bien, acostumbra a repartir sus bendiciones en esta línea» nos recuerda el gran pastoralista alemán Schurr (Cfr. art. en *Creer hoy*, pág. 187).

De esta forma, según estas premisas, se ve que la vida impone que el concepto y los montajes parroquiales se abran a un trabajo pastoral a partir de grupos sociales más móviles y pluralistas, restringiendo modestamente las pretensiones totalitarias de las parroquias sobre sus fieles que ya empiezan a vivir a expensas de otros centros de nutrición espiritual.

En fin, estos son unos cuantos rasgos bastante previsibles del futuro pastoral que se avecina. No se trata de ningún tipo de revolución pastoral, toda vez que la estructura del régimen fundamental cristiano, que es la fe, continúa no solamente intacto sino potenciado. Sin embargo, dentro de la estructura fundamental que nos da la fe en Cristo es posible intentar modificar o recolocar algunos acentos mal puestos o inexistentes. Tan sólo hemos querido enrolarnos en un trabajo de reflexión contemporánea en la que se harán todavía mayores estudios. Ahora bien, en virtud de esta invitación a la reflexión, a la fundamentación teológica y a la revisión crítica, hemos querido contribuir a formar una nueva mentalidad indispensable para la era pastoral nueva propugnando un mayor dinamismo y adaptabilidad. Todo esto, en el futuro, que ha comenzado ya, se hará más indispensable aún que hoy y también, ojalá, más espontáneamente.